

mentos intercalados por Papuzzi. No se trata de un texto demasiado autobiográfico, en el sentido de exploración íntima, sino de un relato curricular, en que el escritor italiano evoca las distintas etapas de su carrera de profesor en el campo de la filosofía jurídica, sus labores intelectuales y científicas, sobre el fondo del avatar político de Italia, entre el fascismo y la actual refundada república.

Bobbio, nacido en un medio que sería profascista, se fue decantando en dirección contraria y participó en movimientos universitarios resistentes. Con la paz y la democracia, hizo algunos breves intentos de militar en formaciones de izquierdas poco tradicionales, como el Partido de la Acción y Unidad Proletaria y, aunque siempre estuvo cerca de posiciones socialistas liberales, nunca se encuadró en las variantes partidarias correspondientes. Más bien se advierte en él una gran inquietud por los temas de la gestión social —la paz, la democracia, la justicia, la igualdad— y una paralela incompetencia en cuanto a la política activa y profesional.

Los recuerdos de Bobbio sirven para rastrear la juventud y evolución de cierto sector de la intelectualidad italiana, donde se mezclan Cesare Pavese, Massimo Mila y Renato Treves con nombres de futuros dirigentes del país: Pertini, Basso, Craxi, Amendola, Pajetta, etc. Con su habitual contención y su distanciamiento

objetivo y comedido, Bobbio presenta su rendición de cuentas auto-críticas de la experiencia vivida, singularmente en cuanto a los errores de cálculo y las negligencias históricas de las izquierdas italianas, desde el anarquismo al comunismo, pasando por los diversos registros del socialismo democrático.

El ascenso de la insignificancia, *Cornelius Castoriadis, traducción de Vicente Gómez, Cátedra, Madrid, 1998, 238 pp.*

En esta miscelánea de artículos, conferencias y entrevistas fechadas en la década de los noventa, Castoriadis retoma y revisa algunos puntos de vista sobre las sociedades desarrolladas de nuestro tiempo. No las encuentra demasiado atractivas, aunque reconoce que el capitalismo liberal de Occidente demuestra una flexibilidad y una capacidad de adaptación incomparables (*resiliencia* es el tecnicismo empleado). Por lo demás, son superficiales, incoherentes, estériles de ideas, versátiles de actitudes, burocratizadas, despolitizadas y marcadas por una privatización de la economía y la vida individual que desintegra los dispositivos de control y corrección, fragmentándose el poder en manos de los *lobbies*.

Lo que marca a nuestra época es una crisis de lo imaginario que se

advierte en lo educacional: nuestras sociedades no son capaces de producir los sujetos que hacen falta para continuarlas, porque se ha desajustado la relación cultura-civilización. Somos muy civilizados y muy incultos: nuestras normas carecen de vigencia aunque sean válidas y sólo el «enemigo» (el fundamentalismo religioso) ofrece restaurar el vínculo entre el discurso y la creencia.

Tampoco la hegemonía capitalista liberal asegura la universalización de la democracia, y buen ejemplo son los despotismos del Sudeste asiático. Castoriadis, en cambio, se recuesta en Marx, aunque reiterando sus duras críticas al leninismo y secuelas, siempre sobre bases marxianas, ya que no marxistas. De todos modos, resulta curiosa esta proximidad entre un optimista de la historia como Marx, para el cual el socialismo era ineluctable, y un apocalíptico pesimista como Castoriadis, muy impregnado de ultimidad frankfurtiana.

En lo teórico, el politólogo griego revisa la noción del hombre como animal racional (nada más loco que el ser humano, dice) y prefiere pensarlo como animal imaginante que organiza su imaginario en función de los otros, o sea en sociedad, en un constructo siempre en transformación: la historia. El hombre es un animal histórico. La incógnita está dada por esta posibilidad de que la historia termine por la auto-

aniquilación de las civilizaciones, en cuyo caso se detendría el proceso. El modelo de recambio comunista se ha autodescalificado y el integrista es antihistórico. La pregunta sofocada de Castoriadis se dirige al Tiempo histórico como razón de sí mismo: ¿hacia dónde vamos?

Luchas y transiciones. Memorias de un viaje por el ocaso del comunismo, Manuel Azcárate, *El País-Aguilar, Madrid, 1998, 213 pp.*

El autor, que vivió entre 1915 y 1998, fue un destacado militante comunista, que luchó en el bando republicano durante la guerra civil española, en la resistencia francesa contra los nazis y en diversos cargos partidarios, notoriamente como responsable de las relaciones internacionales del PCE. En estas memorias recoge recuerdos a partir de su primer viaje a la URSS, en 1959. En 1980 es expulsado del partido y ha de construir una nueva profesión, la de editorialista político. Las últimas páginas, donde describe la aparición y desarrollo de una enfermedad incurable, son de una conmovedora austeridad y muestran al íntegro pensador laico que se enfrenta con la muerte no sólo como el final sino como el gran misterio, al que no le concede ningún valor sobrenatural.

En rigor, el libro cuenta la historia de unas relaciones intensas e imposibles entre Azcárate y el comunismo. La imposibilidad surge de la radical divergencia entre discurso y práctica. Los comunistas proclaman la igualdad y practican la jerarquía y los privilegios burocráticos; son internacionalistas y definen a la URSS como patria del socialismo, en perpetuo conflicto con la otra gran potencia comunista, la China; exigen la vigencia de las libertades públicas en los países donde no gobiernan (ni quieren gobernar: caso típico, Italia) y las niegan allí donde mandan, considerando a quien disiente como a un enemigo, a quien perseguir en términos militares. El laicismo del que se reclaman los comunistas, en la tradición ilustrada, se transforma en una creencia mística en una verdad de la historia cuya revelación ha sido concedida a los militantes del partido «correcto».

Más allá de un elenco nutrido de figuras que Azcárate retrata con escasos y certeros rasgos, su constante tensión proviene de la pareja consular de la familia: Pasionaria y Carrillo. La familia acabará expulsando al díscolo que pretende debate y democracia dentro del partido, tal como se reclaman fuera de él.

Buena parte de la historia política española contemporánea desfila por estas páginas, las cuales, si no revelan hechos desconocidos, sí

aportan una memoria personal, evidentemente sincera, sencilla pero no incauta, que ilumina la interioridad de ese edificio que sólo conocemos como fachada y que es nuestro propio devenir. A la vez, describe con un contenido patetismo, el gran drama intelectual y moral de las izquierdas en nuestro siglo: si eso que se vio con nitidez y que fue el mundo alternativo al que hemos heredado, no existió realmente nunca ¿qué historia hemos vivido?

¿Qué le ocurre a la postmodernidad? La teoría crítica y los límites de la filosofía, *Christopher Norris, traducción de Michel Angstadt, Tecnos, Madrid, 1998, 374 pp.*

Los componentes filosóficos del pensamiento postmoderno son conocidos aunque no siempre reconocidos: Nietzsche y su teoría sobre la verdad extramoral, Heidegger y la falta de fundamento, el viejo y glorioso escepticismo de Hume reavivado por Peirce, etc. Esto desmonta la originalidad y la contemporaneidad de pensadores como Baudrillard, Lyotard, de Man y Derrida, entre otros.

A estos fines apuntan los artículos de Norris aquí reunidos, en verdad extensas reseñas de diversos libros. A Baudrillard lo apalea y a Derrida lo defiende de malas lecturas. Con de Man no sabe bien qué

hacer. En cualquier caso, repasa con insistencia a veces farragosa las cuestiones básicas del asunto: la verdad no existe y en su lugar tenemos unas convenciones que proponen la vigencia de una ficción eficaz; la realidad se ha vuelto hiperreal, bastante irreal y simulada; el lenguaje es una trama intertextual de retóricas; en fin, más de lo que hay, no hay nada más y más vale pensar lo que nos rodea como algo enigmático e inevitable, que nunca conoceremos a fondo ni nos angustiará demasiado. El postmodernismo es, tras muchas vueltas y revueltas, una ideología de la conformación, en el doble sentido de la palabra: conformarnos a las formas del mundo y conformarnos con lo que somos entre ellas.

Norris no encara una perspectiva definida de crítica a este momento tardío y resignado, alegremente apocalíptico y elegantemente pesimista de la historia del pensamiento. Más bien sigue descriptivamente el decurso de sus lecturas, sumándose al desconcierto general, aunque no siempre de buen humor. Esto es lo mejor del libro.

La traducción es proba, pero no deja de extrañar que cite los libros en inglés, aunque sean de originales franceses o alemanes. Tampoco es de recibo traducir la derridiana *dif-férance* (un neologismo) por diferencia.

Sobre la crisis de la historia, *Gérard Noiriel, traducción de Vicente Gómez Ibáñez, Cátedra, Madrid, 1997, 313 pp.*

El autor estudia, paralelamente, las alteraciones que han sufrido, sobre todo en sede francesa, la profesión del historiador y la epistemología de la historia. Desde los tiempos del positivismo, que ponderaba la objetividad científica de la disciplina, su capacidad de reconstruir puntualmente el pasado y la unidad universal del método naturalista, la historia ha sufrido alteraciones que, valga la redundancia, son históricas. Se ha impuesto, de tal manera, la necesidad de hacer la historia de la Historia.

Al positivismo sucedieron la eclosión de las ciencias del espíritu, el determinismo marxista, la historia cuantitativa, la crítica del discurso, el manejo de los tipos ideales weberianos, la historia local y regional (no sólo en cuanto a espacios, sino en cuanto a tema: vida cotidiana, familia, historia de las mujeres, los jóvenes o los viejos). El panorama se ha enriquecido y, a la vez, desorientado.

En otro orden, la profesión del historiador se ha popularizado y aumentan con vertiginosa rapidez las cátedras de historia, los seminarios, las agrupaciones profesionales, los clubes y las logias. De este modo, mientras se pone el conocimiento al alcance de mayores